EL CABALLITO

Hilda Guzmán Montelongo

Capítulo 1

¿Cuántos años tendría la primera vez que vi de cerca un caballo? Cuatro o cinco tal vez. Fue en el Parque Gorki. Era la tercera o cuarta vez que íbamos en ese verano. Mi madre, como muchas otras madres soviéticas, tenía la seguridad de que no podía ocurrirme nada, así que se fue a la cafetería a leer algo mientras yo me hartaba de pasearme en los juegos.

Primero me subí a la Rueda de la Fortuna que demoraba mucho en dar una vuelta y que yo usaba para reconocer el territorio donde algún día realizaría mis hazañas: el bosque y el río, y sin gran interés echaba un vistazo también al estadio, las torres y cúpulas a lo lejos.

Lo vi al bajar y pensé que era el caballito jorobado del cuento que me había leído mi madre, pero no tenía alas. Él estaba parado ahí como si esperara a alguien. Sentí ganas de mirarlo bien, pero los demás chiquillos echaron a correr para encaramarse en las sillitas que nos harían volar a toda velocidad y no quise ser el último. Me gustaba formar parte de un grupo de niños seguramente porque en mi casa yo era el único y como tenía dos abuelas no necesitaba ir al jardín de infancia.

Después de la lentitud de la Rueda de la fortuna, me bajé algo mareado de los columpios y tropecé con el caballito. De ahí nos fuimos a las Tazas de Alicia, la del país de las maravillas, que no solamente daban vueltas en la plataforma, sino que además giraban sobre sí mismas. Al terminar salimos todos empujándonos porque cada uno quería ser el primero en acomodarse en la Oruga, un tren que nos llevó a recorrer todo el parque.

Al regresar a la estación me lo encontré nuevamente. Entonces decidí quedarme junto a él para ver de quién era. La Oruga volvió a partir y el caballito y yo seguíamos ahí. Intenté tocarlo, pero no se dejó. Era casi blanco igual que el del cuento. No recuerdo bien, pero creo que luego de un rato me aburrí sin hacer nada y entré en la sala de los espejos, no me dio risa verme barrigón ni con una cabeza enorme y salí bastante rápido. El caballito no estaba.

Como el tonto de Ivanushka cuando perdió su caballito alado, me puse a llorar y de nada sirvió que mi madre intentara consolarme llevándome a montar en los caballitos que al son de una alegre melodía cabalgaban en el carrusel.